

EDITORIAL

Tenemos el agrado de presentar un nuevo número de la revista *Dios y el hombre*. Se trata del primer volumen del quinto año, y esto nos alegra enormemente, parece increíble llegar al quinto año y tener un público cada vez más amplio que nos honra leyéndonos.

Uno de los fundamentos inspiradores de esta revista ha sido, y es, el diálogo entre la fe y la cultura. Sin embargo, no es difícil constatar la escisión que crece entre ambas en nuestra sociedad. Ya hemos hablado en otras ocasiones de la separación Iglesia-Estado o de la ley del aborto, y hoy podríamos preguntarnos por la intromisión de ideologías antihumanas en la educación o por la excesiva y, por momentos, injusta regulación que el Estado ha hecho del culto, incluso suprimiéndolo por meses.

Pero no hablaremos de eso hoy. Sí queremos señalar un hecho –más pacífico, pero no menos importante– que no nos puede pasar desapercibido. Hace ciento cincuenta años, San José fue declarado patrono de la Iglesia universal¹, y el Papa Francisco, con la Carta apostólica *Patris Corde* (Francisco, 2020), valiéndose de la ocasión, ha hecho de este 2021 un año dedicado al Padre putativo del Señor. Por tanto, es hora de que volvamos nuestra mirada hacia él.

¹ En la misma Carta apostólica, el Santo Padre señala el relieve que san José ha tenido en el Magisterio pontificio desde que fue declarado Patrono de la Iglesia universal por Pío IX el 8 de diciembre de 1970 hasta el día de hoy: “Después de María, Madre de Dios, ningún santo ocupa tanto espacio en el Magisterio pontificio como José, su esposo. Mis predecesores han profundizado en el mensaje contenido en los pocos datos transmitidos por los Evangelios para destacar su papel central en la historia de la salvación: el beato Pío IX lo declaró «Patrono de la Iglesia Católica», el venerable Pío XII lo presentó como «Patrono de los trabajadores» y san Juan Pablo II como «Custodio del Redentor». El pueblo lo invoca como «Patrono de la buena muerte»” (Francisco, 2020).

En un relato del libro del Génesis se cuenta que se dio un tiempo de carestía en Egipto, y que el pueblo hambriento se quejó delante del faraón. La respuesta del faraón fue la siguiente:

Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga (Gen 41, 55).

¿Quién fue este José? José fue uno de los doce hijos de Jacob (padres de las doce tribus de Israel), el preferido entre ellos. Como era su preferido, Jacob le hizo una túnica de mangas largas... Y sus hermanos, tanto por la túnica cuanto por los sueños que José tenía, sintieron envidia de él.

Cuando la situación fue propicia, los hermanos de José decidieron matarlo; luego, al darse cuenta de que, en el fondo, no ganaban nada con el homicidio, lo vendieron a unos ismaelitas que pasaban por allí. El resultado fue que José terminó en Egipto y, como pudo descifrar unos sueños del faraón, terminó siendo el segundo del reino, administrando el país. La carestía fue la ocasión del reencuentro con sus hermanos, pero eso no es lo que nos interesa aquí. En este momento, lo que vemos es al pueblo de Egipto reclamando comida, y al faraón diciendo:

Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga.

Parece repetitivo citar nuevamente al faraón, pero, a decir verdad, la frase que pronunció fue más allá de lo que él mismo creía. Haciendo que los egipcios fueran a ver a aquel José, nos da también a nosotros la indicación de ir a ver a otro José. La frase bien puede guiarnos a nosotros siempre; para nosotros también es un llamado:

Vayan a ver a José y hagan lo que él les diga.

José de Nazaret, a quien está dedicado este año, es el José al que estamos llamados a ir a ver. *Ite ad Joseph*, "id a José", así la Iglesia siempre aplicó las palabras del faraón a san José, y nosotros nos sentimos también interpelados por esa misma indicación. Ir a José es volver la mirada hacia él, pedirle que, así como protegió al Hijo de Dios por naturaleza, también nos proteja a nosotros, que somos hijos de Dios por el Bautismo.



Eso es *ir a José*, pero, ¿qué es *hacer lo que él nos diga*?

En verdad, san José no nos dijo nada *con palabras*, sí con acciones, acciones nacidas de la nobleza y de la gracia, acciones santas. Comprendió bien san José las palabras del patriarca homónimo del Antiguo Testamento –y obró en consecuencia–, cuando éste hubo dicho:

El designio de Dios ha transformado en bien el mal que ustedes pensaron hacerme, a fin de cumplir lo que hoy se realiza: salvar la vida a un pueblo numeroso (Gen 50, 20).

El José del libro del Génesis mostraba así a sus hermanos cómo, al venderlo como esclavo, había terminado siendo el principal funcionario de Egipto, pudiendo acogerlos entonces a ellos, de quienes nacería el pueblo de Israel, y salvarles la vida, en medio de la carestía. Pero ahora también a nosotros esas palabras nos iluminan. Porque nos hablan de un mal que, de hecho, se hace y que, sin embargo, en la Providencia divina, se transforma en un bien. Así san José vivió, seguramente, la persecución que se desató contra Jesús cuando él era aún un pequeño niño, y tuvo que huir –precisamente a Egipto– para proteger a su Hijo; mientras que veía que en algún bien se transformaría todo eso, veía también que era su lugar no abandonar al Niño que le había sido confiado, un Niño que creó el mundo y que, ahora, era perseguido por la mundanidad. José protegió y, después, hizo crecer al que lo sostenía en el ser, y habría derramado su sangre –de haberse dado la ocasión– por Aquel que, efectivamente, lo redimiría con la suya propia.

Hacer lo que José nos diga es, para nosotros, escuchar su silencio, es decir, mirarlo obrar e imitarlo, verlo comprometido completamente con Jesucristo y comprometernos también nosotros con nuestro Señor y Salvador. San José siempre estuvo a la escucha de Dios y obró obedeciéndole; así también nosotros, escuchemos al Señor, y obedezcamos sus palabras de vida. Por eso, vayamos a José y hagamos lo que él nos diga.

Así, san José es un faro luminoso –elocuente y silencioso– para nosotros. Delante de la hostilidad de la mundanidad, nuestro lugar es seguir las huellas del santo Patrono. A algunos les toca públicamente hacer defensa de la verdad en iglesias, universidades, medios de comunicación, organismos políticos; a otros, transmitir la fe en el seno de las familias, haciendo crecer a la Iglesia día a

día; a otros, el ofrecimiento diario de los dolores, físicos o morales, que los aquejan y que, unidos al sacrificio del Redentor pueden redundar en el bien de todo un pueblo; a todos, la fidelidad continua, orante y vital al Niño que nos ha salvado.

Algunos podrán decir que esto parece más una homilía que un editorial, y, en parte, pueden tener razón; pero, en verdad, el diálogo entre la fe y la cultura no nace de un "intercambio de proposiciones", sino de la contemplación del Dios vivo y de lo que nosotros mismos somos. No hay diálogo entre fe y cultura sin honestidad en la búsqueda de la verdad, no habrá jamás ese diálogo si la verdad conocida no es vivida, si la verdad conocida y vivida no es transmitida.

Vayamos, ahora, a nuestro número.

La primera sección (*Ensayos y Artículos científicos*) se abre con un lúcido artículo de Dante Urbina sobre el liberalismo económico, donde se critica tal posición con ejemplar claridad desde la filosofía, la Biblia y la doctrina social de la Iglesia. En segundo lugar, Cristián Expósito y Ana Perelman nos hablan de la Ley de Educación Sexual Integral, analizando el texto de la ley y todo el contexto y discusión que van más allá de lo que el texto contiene; el artículo nos ubica correctamente en lo que la ley dice y lo que no dice. Por último, Mario Di Giacomo estudia la cultura de la paz a partir de *Fratelli tutti* y *Laudato si'*; el modo y la impostación del artículo fuerzan al lector en las primeras páginas, pero después desembocan en el tema y en la apreciación personal del autor.

En la segunda sección (*Artículos de divulgación*), Guillermo Salinas estudia la fenomenología de Jean-Luc Marion e intenta extender lo que el mismo autor sugiere a todos los sacramentos; con casi excesiva prolijidad, el texto va llevando al lector hacia una presentación novedosa de los mismos. Además, Martiniano Stremi nos habla de la vida de Enrique Shaw, un empresario que está en proceso de canonización; tal texto nos permite contemplar de manera palpable la integración de la vida de fe y de la vida empresarial de manera *exitosa*, puesto que el único éxito real (aunque paradójico) es la santidad.

La tercera sección (*Reflexiones, reseñas y comentarios*) se abre con una nueva entrega de las transcripciones de los escritos del Siervo de Dios Eduardo Pironio hecha por Leonardo Ponce; en esta ocasión, se trata de un relato de ficción gauchesca, publicado en *Sapientia* en 1938. Luego, Jorge de Juan



Fernández reflexiona luminosamente sobre Dios y el hombre (nos sentimos honrados por el tema elegido) en la filosofía del humanismo burgués. Para cerrar la sección, Patricio Valverde Gavilanes, Enma Leiva, Blanca Oñate y René Ayala nos ofrecen un estudio sobre la indiferencia religiosa en los jóvenes universitarios en el cantón Ambato (Ecuador); el trabajo busca razones de este hecho e intenta servir como orientación para el trabajo pastoral en la universidad.

En la cuarta sección (*Traducciones*), Alain Contat nos ha permitido traducir un artículo suyo publicado el año pasado en la *Revue Thomiste* sobre el ser (*esse*) y el bien en el comentario de santo Tomás al *De divinis nominibus* del Pseudo Dionisio Areopagita; es un hecho que el Pseudo Dionisio, de la mano de la tradición platónica, pone el bien por encima del ser, y también es un hecho que santo Tomás hace lo contrario, pone el ser por encima del bien. La pregunta que el artículo magistralmente trata de contestar es cómo santo Tomás es capaz de comentar un texto de un autor que es una autoridad para él y, sin embargo, enseñar algo que dicha autoridad, aparentemente, no enseña.

Nuestro agradecimiento, una vez más repetido, y cada vez más sentido, va desde ya a la Coordinación de revistas de la UNLP. A todos los lectores volvemos a mostrarles nuestra gratitud, puesto que en razón de que ustedes están allí leyendo podemos estar nosotros aquí coordinando esta publicación, que esperamos les sea verdaderamente enriquecedora, y que llamamos *Dios y el hombre*.

Diego José Bacigalupe
Editor responsable
Seminario Mayor San José, La Plata, Argentina

Referencias

Francisco (2020): *Patris corde*:

https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/pa-pa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html